

Todo el tiempo que las naciones permanezcan fieles á la monarquía espiritual templada que las rige, será para ellas un principio de fé, de progreso y de union, y el manantial de la mas alta perfeccion material y social. Pero si llegáramos á abandonarla, sus beneficios se irian con su influencia de entre nosotros, y nos amenazarian horrosas catástrofes. No nos engañemos, y aprendamos en lo pasado lecciones para lo futuro.



CAPITULO III.

DE LOS CARACTERES DEL CATOLICISMO.

De la verdad religiosa.—Diversas oposiciones que halla el hombre en si mismo para admitirla.—Consecuencias en favor de una autoridad espiritual.—Tres principales caractéres del catolicismo: perpetuidad, universalidad y unidad.—De su perpetuidad.—Confesiones de los que le combaten.—Una religion de progreso, es decir, de suision en su esencia á todas las versatilidades del espíritu humano, es imposible.—Consecuencias en favor de la fé.—Ningun culto disidente, ni todos ellos juntos pueden ponerse en paralelo con el catolicismo en cuanto á su universalidad.—El nombre de católico le es propio, y sus conquistas son favorables al progreso civilizador.—Confesiones de los que aparecen contrarios.—De la unidad en su autoridad y en su doctrina.—La inmovilidad de que se le censura es la prueba de su inmortal certidumbre.—Jamás ha hecho la Iglesia otra cosa que confirmar ó explicar lo que siempre se habia creído.—Tentativas inútiles de la reforma, de la asamblea constituyente y de la filosofia moderna.—Ventajas de la unidad católica aun con relacion al sistema social.—Todo respira en ella tolerancia y union.—Ningun fundamento hay para tachar

al clero de intolerancia, ni á la unidad exclusiva del catolicismo.

Preguntar la importancia que tiene la verdad para el hombre, es lo mismo que poner en cuestion la inteligencia, la sociedad, la moral y la historia, toda ciencia y el destino de la humanidad. La verdad es para el alma lo que la atmósfera al cuerpo. Es el término hácia el cual gravita el entendimiento humano, así como fué su punto de partida. Uno de los caracteres distintivos de la naturaleza del hombre, es el amor á lo verdadero; porque hay en ella sublimes ideas, divinos instintos y una insaciable necesidad de verdad. Deseamos la verdad filosófica, histórica, científica y literaria: hasta en objetos que destinamos á nuestro recreo la queremos hallar, en las fábulas de los poetas y en los cuentos de los novelistas.

Mas á vista de sesenta siglos que estuvieron acordados en proclamar la importancia de la verdad religiosa, nada debe parecer al hombre mas digno que ella de ocupar la actividad de su inteligencia. Le hace falta esta verdad para andar hácia Dios como término en la patria: la necesita como camino para llegar con seguridad hasta él. Le hace falta, porque la union íntima con el infinito es el complemento de todas las facultades de su ser. Sin embargo, no se puede dudar que cierta predisposicion nuestra nos hace huir de la verdad. Parece que nuestra razon no quiere rendirse mas que á la evi-

dencia, y las mas débiles apariencias de verdad la seducen. Fácilmente admite todo lo que lisonjea á sus ciegas inclinaciones. Pero es un rarísimo valor abrazar la verdad á costa de esas inclinaciones, que muchas veces tiene uno vergüenza de confesar interiormente. La verdad católica se ofrece al hombre apoyada en motivos poderosos y del mas alto interés para convencerle y hacerse amar de él; y algunas veces el hombre la rechaza ó al menos la desdeña. Cualquiera diria que le repugna pensar en ella, ó que teme el conocerla, ó las consecuencias de su adquisicion. La fé ha llenado el mundo con sus instituciones y su gloria; y sus triunfos sobre los verdugos que no se cansaban de maltratar á los cristianos, los cuales no se cansaban de morir, son por sí mismos la demostracion de que es divina. Con todo, el entendimiento del hombre combate sus misterios, su corazon disputa sobre la moral de aquella, y su voluntad cede al menor esfuerzo para sacudir las cadenas. Ensalzando la fidelidad, vive de egoismo; hace el mal que condena, y no cesa de resistir á esta ley de verdad y de justicia, tan capaz de quebrantar el orgullo del pensamiento y de comprimir las impetuosas inclinaciones de una naturaleza corrompida que se subleva contra ella.

Los anales de la humanidad apenas son otra cosa que la relacion de los atentados de la razon contra la fé. Los muchos siglos en que el género humano estuvo espuesto á todas las aberraciones del racionalismo y de los sentidos, tienden á con-

vencernos de la necesidad urgente que tiene el hombre de una doctrina dictada á todos con autoridad. Bajo un Dios cuya naturaleza es la bondad, y bajo la mano tutelar de una Providencia cuya expresion es ternura, no se podia decir á este vasto terreno que llamamos mundo, digno sin duda de las consideraciones mas verdaderas, pero poco capaz del trabajo seguido del pensamiento: raciocina, reflexiona; tú solo debes formar tu religion y tu fé. La multitud necesita autoridad, lo mismo que la necesita el ingenio: la primera para dísipar las tinieblas de la ignorancia: el último para desvanecer sus dudas. El talento no es mas que un hombre: no puede imponer á los demas creencia alguna; y se diria que cuanto mas potencia hay en una alma, tanto mas necesita de freno y guia. ¡Quién no sabe que las doctrinas religiosas inventadas fuera del círculo de la fé por ingenios muy elevados en otras materias, van cada dia á aumentar la historia lamentable de los errores humanos? Así es que el catolicismo abrió una nueva era de luz y de paz á los hombres todos, á los débiles y á los fuertes, á los grandes y á los pepueños. No abandona á ninguno á sus propios pensamientos para estudiar y resolver la cuestion religiosa, y le presenta una autoridad soberana é infalible. Sin embargo, no se le puede convencer de que haya hecho perecer la libertad de las creencias: reconoce los derechos de la razon, y por eso esponé los motivos prévios para creer. Pero el que afirmase que no hay obliga-

cion de buscar y abrazar la verdad religiosa, se engañaria, porque seria lo mismo que declarar la libertad del error. El hombre tiene la facultad; pero no el derecho de errar. Así, le era necesaria la verdad religiosa, no solamente bajo la forma social, porque su origen y necesidades le impelen necesariamente al estado de sociedad, sino tambien bajo la forma de doctrina dada por una autoridad soberana. ¡Grande y magnífica institucion del catolicismo, tan en concordancia con las necesidades del hombre! Ya hemos espuesto los elementos divinos en que su constitucion descansa: el poder y la doctrina. Los testimonios irrecusables que trae consigo, van á ser el objeto de nuestras investigaciones. Tampoco pueden dejar de estar batidos en el cuño de la divinidad. Permanecia universalidad, unidad, tales son los principales caractéres del catolicismo.

El catolicismo se presenta al hombre con la mas inviolable sancion, la de todos los siglos. Rodeado de mil doctrinas contradictorias, solo él nos convida á contemplar su perpetuidad. La sociedad espiritual á que pertenece, es verdad que ha ecistido en diversos estados desde la cuna del mundo: el estado doméstico, nacional y univversal, que es el de la sociedad cristiana. Pero su historia es una cadena de sucesos y de hechos que nos descubren una prodigiosa serie tan antigua como la humanidad. La ley escrita preparaba todos los aumentos que la fé primitiva debia recibir en la ley de gracia:

aquella principi6 la obra divina concluida por Jesucristo. La una fu6 la figura, y la otra es la realidad. El catolicismo de hoy es la Iglesia fundada por el hombre Dios, cerca de diez y ocho siglos ha. Queriendo que la verdad religiosa que traia al mundo no pereciese jamas, instituy6 un ministerio indestructible, por cuyo conducto debia pasar aquella, de una en otra edad hasta el fin de los siglos; un ministerio que renovándose sin cesar, debia sobrevivir á todas las generaciones. Por la solemne promesa que hizo á sus Ap6stoles de su continua asistencia hasta la última edad, no reconoci6 por pastores legítimos para gobernar la Iglesia, sino á aquellos que por una sucesion no interrumpida recibiesen su dignidad y sus facultades de los Ap6stoles. Así, en vano se querria en nuestros días disputar al catolicismo el derecho de llevar el título de Iglesia de Jesucristo. Nosotros podemos citar sin titubear el órden esacto de la sucesion de los Papas, empezando por Gregorio XVI, que actualmente ocupa el trono pontificio, hasta S. Pedro, que la obtuvo el primero. Podemos precisar el número de años de cada pontificado, y estender eslabon por eslabon la cadena de los obispos que se han sucedido desde el primero que fu6 instituido por el sucesor de S. Pedro en cada silla y en todo el universo. Nos bastaria oponer á los que disputasen este derecho al catolicismo, estas palabras pronunciadas en Inglaterra y copiadas no ha mucho en la *Revista de Edimburgo*, periódico

whig que se imprime en el pais de Covenant, donde ech6 muy profundas raices el presbiterianismo. "No ecsiste, ni ha ecsistido jamas en la tierra una obra de política humana tan digna de ecsaminarse y estudiarse como la Iglesia cat6lica romana. La historia de esta Iglesia une juntamente las dos grandes épocas de la civilizacion. Ninguna otra institucion aun ecsistente remonta el pensamiento á los tiempos en que salia del Panteon el humo de los sacrificios, interin que los leopardos y los tigres saltaban en el anfiteatro de Flaviano. Las dinastias reales mas orgullosas son de ayer comparadas con la sucesion de los soberanos Pontífices, que por una no interrumpida serie asciende desde el Papa que consagr6 á Napoleon en el siglo diez y nueve, hasta el Papa que consagr6 á Pipino en el octavo. Pero mucho mas allá de Pipino la augusta dinastia apost6lica va á perderse en la noche de las eras fabulosas. La república de Venecia que iba detras del pontificado en cuanto á la antigüedad de origen, era comparativamente moderna. La república de Venecia no ecsiste y el papado sí... Ninguna señal indica que se acerque el término de esta soberanía. Ella vi6 el principio de todos los gobiernos y de todos los establecimientos eclesiásticos que ecsisten hoy, y no nos atreveriamos á decir que no está destinada á presenciarse su fin... Cuando reflexionamos los terribles asaltos á que ha resistido, nos es difícil concebir de qué modo puede sucumbir. En verdad que ninguna otra institucion

que la que tiene esta política, hubiera resistido á tales asaltos. Nos complacemos oyendo semejantes confesiones en boca de aquellos, que por pertenecer á otro culto que el nuestro, no cesarán jamas de ser amados por nosotros como otros tantos hermanos.

El catolicismo solo tiene en su favor títulos auténticos provenientes de los mismos propietarios, porque él solo es el heredero á título universal de los Apóstoles. Como fué confiado al cuerpo entero de los pastores, su sucesion no le saca de su lugar: esta sucesion forma la continuidad del cuerpo. Cada pastor recibe á un tiempo de su predecesor y de todos sus compañeros la preciosa tradicion que juntamente con ellos transmite á sus sucesores. Es una cadena no interrumpida, cuyo primer eslabon asciende á Jesucristo, y que se estiende en el curso de los siglos para reunirlos todos en la misma fé. Con este principio estrechaban los antiguos santos Padres á los hereges de su tiempo. Que nos muestren, les decian, el origen de sus iglesias, la sucesion de sus pastores; de modo que el primero de estos haya tenido por autor y predecesor á alguno de los apóstoles ó de los hombres apostólicos en cuya comunion haya perseverado hasta el fin. ¿Quiénes sois vosotros? ¿De dónde habeis salido? ¿Cuándo habeis venido? No cesaban de repetirles: Vosotros sois de ayer, y no venís de los Apóstoles.

La perpetuidad es el carácter del catolicismo: ningun mortal ha podido decir jamas: es obra mia, ni tampoco puede decir nadie: es obra de tal hombre;

porque nadie ha puesto en ella cosa esencial. No sabemos que nadie se haya negado á reconocer que el catolicismo se estableció con la Iglesia, y que ambas son una misma institucion. Algunos intentan persuadirse que procede como una institucion humana y política de una combinacion sucesiva de circunstancias. Sin duda podemos responder con uno de los mas distinguidos historiadores de nuestra época (1): "La Iglesia ha crecido progresivamente, y su gobierno se ha mostrado igual á los progresos de la fé; pero este mismo gobierno, parte integrante y mediacion única de la verdad que tenia que propagar, ha hecho sus progresos." Lejos de haber procedido de los hombres y de las circunstancias el triunfo, se ha necesitado un estraordinario esfuerzo de organizacion para sacar semejante ventaja de las circunstancias y de los hombres, nunca favorables y casi siempre contrarias por espacio de trescientos años. Constituida anticipadamente la Iglesia así para todos los acrecentamientos como para todos los peligros, no ha visto aparecer nada en ella por invencion, sino por virtud: nada se ha obrado en ella como modificacion, sino como consecuencia. ¿Quién puede dejar de confesar que si el catolicismo de hoy no es de institucion divina y apostólica, habria de admitirse que bajo este respecto se habia alterado gravemente la obra de los Apóstoles? En esta suposicion constarian

(1) E. Dumont.

indudablemente en los anales de los pueblos el autor, el lugar, la época, el modo de semejante innovación. Desafiamos á los mas severos críticos para que los busquen. No se ha intentado jamas ninguna variacion, aunque fuese mucho menos notable que la que se supone, sin que sea conocido su autor. Desde los primeros siglos aparecen Cerintio, Ebion, Marcion, Arrio, Pelagio. En la filosofia, la física, la química, las artes y las empresas industriales y políticas, aun despues de muchos siglos, se nombra á los autores de invenciones é instituciones nuevas. Pero ¿qué hombre es el autor soberano é infalible del catolicismo? No le hay, y él subsiste fuerte é indestructible. ¿En qué region ha nacido? Ninguna se señala.... muda está la historia.... Cualquiera nueva doctrina que se haya querido ingerir en el cristianismo, se sabe el punto donde primero se enseñó: el arrianismo en Alejandría, el nestorianismo en Constantinopla, el luteranismo en Sajonia; pero ¿dónde se ensayó primeramente la institucion humana del catolicismo? Silencio completo.... De nada serviría, despues de quince siglos, haber soñado los reinados de Constantino y de Carlo Magno y el Pontificado de Gregorio VII: solo seria una irrision amarga de la tradicion mas positiva, mas constante y universal. Esta seria ciertamente una escepcion á todos los hechos conocidos. Trátase de una grande institucion, de un cambio importantísimo ocurrido en el catolicismo apostólico del establecimiento de un

poder extraordinario; y ¡no hemos de encontrar autor ni el lugar de la ocurrencia, ni la época!

La fecha de innumerables errores se ha fijado; pero es imposible hacerlo con la de esta sublime institucion, suponiéndola obra de los hombres. No cabe en nuestro ánimo hacer á nuestros lectores la injuria de creer que desearian hallar en este lugar una refutacion formal de las contradictorias relaciones que dieron los primeros provocadores de la reforma. Mostrábase aterrorizados, y exclamaban que la corrupcion de la Babilonia romana principió en el cuarto siglo, ó en el quinto, ó en el sexto y aun segun algunos en el undécimo. Es innegable que los griegos, despues de vivir en estrecha alianza con el catolicismo, se apartaron para proclamar su independenciam; pero el catolicismo permaneció firme é inmutable. Lo mismo que era la víspera del dia en que la Iglesia griega se apartó de él, fué el catolicismo al siguiente y lo es en el dia: en nada ha mudado. Cuando se apartó de él la Iglesia de Inglaterra, no dejó de quedar aquel, en virtud de su inmutabilidad, en posesion de todos sus derechos conforme anteriormente los gozaba; y lo mismo podemos afirmar de lo ocurrido en Alemania en el siglo XVI. No cabe demostrar de ninguna manera mudanza alguna en el catolicismo: sus títulos de legitimidad están fundados sobre los que justifican su herencia. A esto aludia Tertuliano cuando decia: "Lo que se haya admitido en la Iglesia por unánime concierto, sin señalamiento

de principio, no es error inventado, sino verdad transmitida." Ciertamente es conforme á las reglas de la crítica y del sano juicio el ver que el catolicismo, tal como hoy le confesamos, sube hasta Jesucristo su divino fundador. Es, pues, divino, y así corresponde á la necesidad de fé, necesidad tan urgente para las sociedades modernas en cuyo seno la independencia de la razon ha sembrado tantos fermentos de division y desórden. El catolicismo, retrotrayendo al entendimiento humano hasta sus pruebas fundamentales, le hace recorrer de uno en otro eslabon la cadena no interrumpida del ministerio apostólico hasta el original é incorruptible manantial de la verdad. ¿Qué mayor y mas sensible demostracion de la fé? La inestabilidad es propia del hombre: por eso sus obras están sujetas á vicisitudes incesantes. La inmutabilidad es uno de los atributos de la Divinidad, y la estabilidad el carácter de sus obras. Desde las grandes instituciones que forman época en el mundo, hasta la mas pequeña organizacion social, las que son duraderas tienen base divina. Nunca ha podido el hombre dar á sus obras existencia que no sea pasajera: delante de él todo pasa con rapidez. Sucédense las generaciones, se arruinan los mas gloriosos monumentos, unos sistemas dejan lugar á otros que los siguen y reemplazan. De tal cúmulo de grandes acontecimientos como ha presenciado nuestro siglo, aunque apenas ha principiado ya, nos quedan recuerdos. Tentados estaríamos por decir

que todo se aniquila, y que nos falta tierra en que pisar: tan esparcidas están por todas partes las ruinas que testifican á todos los siglos lo impotentes que son los esfuerzos de la inteligencia humana. El catolicismo en nada se parece á esos fugitivos meteoros, que no hacen otra cosa que atravesar los aires y desaparecer: como tiene por cuna el seno del Eterno, y es guiado por el fanal radiante con los resplandores de la luz increada, atraviesa los siglos, como el astro del dia, difundiendo la luz y la vida.

En nuestros dias ciertos entendimientos por otra parte muy elevados han pensado en no sé qué religion de progreso, que ni aun se toman el trabajo de definir, ni de comprobar su origen, ni de calcular los resultados que pueden esperarse de ella. Acaso no han considerado suficientemente que el catolicismo es la obra por excelencia divina. Para cambiarle era necesaria, no la intervencion del hombre, por poderoso que sea, sino la omnipotencia de su divino Fundador. Aquí viene perfectamente el antiguo proverbio forense: *Los convenios y leyes vigentes se modifican ó abolen del modo con que fueron establecidos.* Esperad, pues, podremos decirles con razon, las modificaciones divinas y reveladas. Y si nos preguntasen cuándo vendrán, nos apresurariamos á contestar: Poned el oido y escuchad las mil voces de los divinos orígenes que prometen la invencible perpetuidad del catolicismo en nombre del Señor y con aquella palabra que no es

transitoria. Una religion de progreso en este sentido seria una quimera. Por mas que la filosofia se esfuerce en emancipar la razon, nada puede contra un hecho grande que de un modo tan evidente nos demuestra la intervencion de la divinidad. Imposibles son el racionalismo, la duda, el cristianismo de progreso á presencia de una autoridad de institucion primitiva y divina. La indiferencia seria un crimen: se escige la fé sincera y animosa. ¡De qué gloria no es principio esta sumision!

Reducida la nacion judía á los límites de Jerusalén, no era mas que figura de la sociedad cristiana, cuyos miembros debian ser en lenguaje de los profetas tan numerosos como las arenas que cubren nuestras playas. A sus sacrificios y holocaustos debia suceder un sacrificio mas perfecto, que se ofreceria al Dios verdadero desde los lugares en que luce la brillante aurora, hasta aquellos en que sepulta sus fuegos centellantes el astro del dia. Así, la revelacion de Moisés no fué mas que una preparacion á la revelacion eminentemente universal. Esta no conoce límite alguno. No hay parage á donde no penetre, no hay clima que no alumbre, ni nacion que no le pertenezca por herencia. Todas las sectas encerradas en los límites de una organizacion particular suya y constituidas en virtud de un símbolo especial, resultante de la voluntad de los miembros que la componen, escluyen este carácter de generalidad, y todas tienen otras tantas denominaciones diversas.

En otro tiempo se conocian muchas con los nombres de marcionitas, donatistas y nestorianos, como en nuestros dias llamamos nosotros luteranos, calvinistas, anglicanos, mahometanos y otros muchos divididos en tantas fracciones de nacionalidad como cultos disidentes forman. El nombre de católico señala la sola sociedad cristiana, porque le pertenece la universalidad. A ella sola se le dijo: Predicad el Evangelio á todas las criaturas: dispersaos por toda la tierra, y enseñad á todos los pueblos. Y véase aquí cómo el catolicismo hace de todos ellos una sola familia bajo el gobierno paternal de Dios. A ella sola pertenece este carácter de potestad interior, que pueden envidiarle; pero que no pueden inventar, ni quitarle la sabiduría de los filósofos, ni la sagacidad de los políticos, ni la autoridad de los legisladores, ni el poder de los reyes. Su sacerdocio es la sal de la tierra y la luz del mundo; y su doctrina, lanzándose como el vuelo de la águila, se fija sobre todos los pueblos, describe un círculo que abraza la humanidad entera, y penetra y atraviesa los siglos y los mares hasta llegar á aquellas tribus lejanas, en que parece que no ha pensado la ciencia humana sino para señalarlas en el mapa del mundo. Bien se puede difamar y contradecir; pero es imposible ni convencerle de falso, ni impedir su engrandecimiento.

Si el paganismo tuvo sus Hércules guerreros, hoy, y siempre como ahora, tiene el catolicismo sus Hércules pacíficos; héroes cuya victoria no se cifra

en matar, sino en morir. La tierra fecundada siempre con la sangre de sus ilustres víctimas, produce cada vez mas abundante cosecha de santos. "No, la luz del catolicismo no debe perecer, decia el gran Bossuet; la antorcha de la fé no se estingue: Dios la trasporta á mas felices climas: ¡desgraciados los que la pierden de vista! Pero la luz sigue su camino, y el sol acaba su carrera." Parecia que los bárbaros iban á destruirlo todo en sus irrupciones; pero al arruinar al imperio romano, vengaban la sangre de los mártires, y se prosternaban á los piés del Crucificado. Cuando la reforma quitaba al catolicismo una porcion de la Europa, Cristóbal Colon, dirigido por uno de aquellos movimientos irresistibles que pueden llamarse inspiracion divina, descubria la América, y daba mil ochocientas leguas de costas al pueblo español donde no habia penetrado la heregía. El filosofismo del siglo XVIII en su corta carrera, sedujo momentáneamente al pueblo francés, y luego pereció; y recobrando el catolicismo su imperio, halló dispuesto el suelo de Francia para recibir la fecunda semilla de la verdad. Intentó la secta de los metodistas penetrar en una isla de la Oceanía y no pudo lograr ser escuchada. Los pobres salvages que habian recibido ya la fé católica, decian á los nuevos predicadores: "Nosotros no escuchamos mas que á los que nos envia el padre de Roma." La última revolucion que al parecer se habia llevado á efecto para aniquilar el catolicismo entre nosotros destruyen-

do el trono de nuestros antiguos reyes, tendrá por resultado el haberle propagado por el universo. El sale mas brillante que nunca del abismo en que se creia haberle sepultado. Reinará el catolicismo, dice un hábil escritor, ó habrá reinado antes del fin de los tiempos en todos los lugares habitados por el género humano. Los individuos de su comunión pueden calcularse hoy con certeza en ciento y cincuenta millones, y es fácil de demostrar que todas las sectas reunidas no ascienden á ciento y veinte. Diariamente los mas nobles caractéres, los mejores ingenios, aterrados de las estériles utopias producidas por la filosofia y de las doctrinas tan diversas y confusas que reivindican para sí la verdad religiosa sin tener ninguna de sus circunstancias, vuelven amorosos las miradas hácia esta Iglesia, que es fuerza llamar católica so pena de no ser entendidos. A veces aun á costa de los mayores sacrificios vuelven sucesivamente al gremio de esta tierra madre, que jamas dejó de amarlos, y que en cambio de su arrepentimiento los colma de beneficios y les prodiga esperanzas.

Mucho deseáramos que nuestros aventureros razonadores, sin fé en la verdad religiosa, nos dijese por fin qué entienden por lo que llaman con tanto énfasis civilizacion. ¿Será la humanidad? pero sin los principios cristianos es un foco de idolatría delirante y de horrorosos desórdenes. Civilizacion, progreso: estas grandes cosas traen en pos de sí la agitacion, el temor y una suspension terrible de lo

futuro, si á la manera de señoras de honor no componen la corte de la reina sagrada que por manos de Jesucristo en el Calvario subió con maravillosa magestad al trono del universo. Solo el catolicismo estiende sus favores tan lejos como su gloria. Al paso que avanza, despeja en todas partes la inteligencia humana, estimula la industria y promueve el adelantamiento de las artes. Con este motivo leemos en la *Revista de Edimburgo*, periódico whig, que á nadie parecerá sospechoso estas notabilísimas palabras: "Continuamente oimos repetir que el mundo se va ilustrando sin cesar, y que el progreso de las luces debe ser desventajoso al catolicismo. Nos alegráramos de poderlo creer, pero dudamos mucho por el contrario que sea una esperanza bien fundada. Vemos que hace doscientos cincuenta años que el ingenio humano ha tomado una actividad extraordinaria: que ha hecho adelantar grandemente todas las ciencias naturales: que ha producido innumerables invenciones encaminadas á mejorar las conveniencias de la vida; que la medicina, la cirugía, la química y la mecánica, han ganado mucho terreno: que el arte de gobernar, la política y la legislación se han perfeccionado aunque en menor escala. Sin embargo, vemos tambien que durante estos doscientos cincuenta años no ha hecho el protestantismo conquista alguna que valga la pena de anotarla. Mas aun juzgamos que si ha habido alguna variacion, ha sido en favor de la Iglesia de Roma. ¿Cómo, pues, hemos

de esperar con fundamento que la estension de los conocimientos humanos sea necesariamente fatal á un sistema, que (para no aventurar la expresion) ha conservado su terreno, á pesar de los inmensos progresos que han hecho las ciencias desde el reinado de Isabel?"

Hemos aprendido, y ¡ojalá que nunca lo olvidemos, que el catolicismo, sin tener parte en las calamidades que afligen á los pueblos, sabe prevenirlas, así como es el único que puede repararlas. Si en otro tiempo sacó del abismo á nuestra patria toda quebrantada cuando se le resbalaron los piés en sangre, para afirmarla en nuevas bases; le hemos visto hace doce años, despues de tres dias de tormenta, orando por ella de rodillas al pié del altar herido del rayo, pero no destruido. Desde entonces cada dia adelanta con mas segura planta para obtener gloriosas conquistas. La actividad material é intelectual de las naciones civilizadas se habia hecho agresora y hostil contra el catolicismo, que impávido aguardaba la cesacion de la borrasca. Sentado en la roca de las edades frente al volcan que bramaba, y del mar cuyas olas espumosas venian á deshacerse á sus piés, dejaba llegar el momento en que las naciones, no hallando salida del laberinto de la filosofia escéptica, retrocedieran. Ha llegado este momento, y el catolicismo, descubriendo todo el genio de su espíritu antiguo, se ha puesto tambien en movimiento y camina hácia ellas. Jamas podremos contemplar como se debe

su solicitud en mezclar las solemnidades religiosas con las fiestas industriales, para santificarlas y bendecirlas, y para escitar el reconocimiento y amor de los pueblos hácia el soberano Autor de todo bien. Véase cómo se convida á sus Pontífices para consagrar con sus oraciones los nobles esfuerzos de los hombres ingeniosos que enriquecen la Francia con gigantescos establecimientos, y que nos hacen atravesar nuestra hermosa patria como por encanto. En Nancy un ilustre prelado inaugura los barcos de vapor del Mosela y del Meurtha. En Strasburgo en presencia de una multitud silenciosa, y de un ministro, que despues de haber dejado tierna memoria en el clero francés, no cesa de estimular las nuevas invenciones y de proteger los monumentos de piedad de nuestros padres, un Pontífice atrae las bendiciones del cielo sobre las máquinas locomotoras y los caminos de hierro, sobre el canal del Ill y los barcos de vapor del Rhin: celebran al mismo tiempo los triunfos del ingenio y los trofeos de la religion. En Burdeos se ha visto á una de las glorias de la Iglesia marcar con el sello de la piedad el canal de las Landas y el camino de hierro de la Tes.

En todas partes la fé religiosa sirve maravillosamente entre nosotros para santificar el progreso, y constituir sólidamente la libertad práctica de que están los pueblos tan ansiosos. Si el catolicismo penetra en la multitud, la humanidad será gloriosa y se transformará: ahí está el destino futuro

de la sociedad. Véase cómo á la voz del catolicismo han venido á militar bajo su bandera los labradores y los artesanos. En las principales ciudades de Francia subsisten establecimientos en favor de los niños pobres, que bajo la influencia de los principios religiosos, adquieren conocimientos en las diversas profesiones manuales; obra generosa y fecunda en resultados, que abraza lo presente y lo venidero de la clase indigente, y le proporciona educacion moral é intelectual. Y ¿qué diremos del ministro tan sábio é ilustrado, que con la reforma introducida en el régimen penitencial, ha hallado ingeniosamente el medio de impedir la mútua corrupcion de los detenidos con la facilidad de asistir á las instrucciones religiosas y al oficio divino? Seria un error grosero no descubrir aquí la influencia del ascendiente católico, que ha estendido sus alas protectoras sobre aquellos mismos, que rechazados por la sociedad se figuran con harta frecuencia que Dios tambien los ha abandonado. ¿Qué cosa mas misteriosa que lo que sucede ahora en las costas africanas? ¿Qué porvenir tan glorioso se ofrece al catolicismo y á la Francia! Los nombres de Muzaia y Buffarik pasarán á la posteridad como monumentos de civilizacion cristiana. Nuestros descendientes recordarán que aquellos lugares fueron testigos de un prodigio. Bajo el amparo del báculo del Pontífice santo que fué enviado á llevar á aquellos pueblos nómadas la salvacion y la paz, unas madres desoladas hallaron á sus hijos,

y unos huérfanos á sus padres. Las cadenas de la esclavitud se habian roto: parecia que los combates habian suspendido la matanza y la carnicería; y los leones del desierto habian calmado momentáneamente su furor, para dejar pasar á los que puestos ya en libertad volvian á las montañas. La civilizacion en las playas africanas depende tanto de la influencia religiosa, que generalmente se acuerda en afirmar que á proporcion de lo que esta crece y se propaga, se estiende aquella. ¡Gloria y honor al digno sucesor de los Ciprianos y Agustinos en el territorio de Africa! ¡Dios fecunde sus fatigas, y bendiga sus tareas!

Si fijamos los ojos en la Gran Bretaña, no podemos menos de advertir un movimiento muy manifiesto hácia el catolicismo. En toda la estension de los tres reinos se nota un general descontento contra el sistema de la Iglesia anglicana. Es un disgusto absoluto de los elementos que la constituyen; es el abatimiento del leñador cargado con su haz: no se queja en particular de ninguna rama de las que le componen: la carga entera es la que le fatiga y abruma. El *Teh Thablet* (1) reconoce que el *anglicanismo* no tiene unción espiritual, ni potencia eficaz, ni energía para sacar á aquel pueblo de los abismos del vicio, en que le mantienen la ignorancia. El Señor Philipps escribia no ha mucho que todo lo bueno y grande que hay en

(1) 24 Junio 1842.

aquella constitucion, ecsistia antes de la reforma: que esta misma constitucion es obra de los reyes católicos; pero que todo lo que ha debilitado su accion y turbado su armonía, se debe al elemento que se introdujo en ella en la época del cisma de Henrique VIII, y despues de la revolucion de 1688. Multiplicando sus conquistas, el catolicismo derrama sus favores á manos llenas; y si el pauperismo devora al presente aquella tierra tan fecunda y rica, el catolicismo se muestra mas solícito para consolar todas las aficciones, y aliviar todos los dolores. No nos admiremos, pues, de que se propague cada dia mas. Cerca de mil y quinientos individuos del clero anglicano se han alistado ya en la bandera del presbítero Newman para testificar solemnemente que el santo Concilio de Trento no erró ni en materia de fé ni en materia de moral. No pueden leerse las obras de los teólogos de Oxford, sin descubrir en las doctrinas y sentimientos afectuosos que profesan, una tendencia siempre creciente al catolicismo. La Escocia y la Irlanda se llenan de piadosos monumentos que prueban su inviolable adhesion á la Iglesia romana. Acaso no se han oido jamas protestas mas enérgicas contra los principios de los opresores de la religion y de la patria. Aceleremos con nuestros mas fervorosos votos el momento en que volviendo aquel pueblo á la fé de sus padres, goce plenamente de sus beneficios, y no cese de progresar en el orden y en el seno de la paz.